

COLECCIÓN POPULAR

741

ALLEGRO

ARIEL DORFMAN

Allegro



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, Stella Maris, 2015
Primera edición, FCE, 2019

Dorfman, Ariel

Allegro / Ariel Dorfman. — México : FCE, 2019
272 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 741)
ISBN 978-607-16-6495-2

1. Novela chilena 2. Literatura chilena – Siglo xx
I. Ser. II. t.

LC PQ8097 D66

Dewey Chi863 D445a

Distribución mundial

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

Diseño de portada: Rafael López Castro y Guillermo López Wirth

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6495-2

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

<i>Preludio. Obertura.</i>	11
--------------------------------------	----

PRIMERA PARTE

Londres 1765

[13]

I. <i>Allegro ma non troppo</i>	15
II. <i>Adagio</i>	63

SEGUNDA PARTE

París 1778

[109]

III. <i>Andante</i>	111
IV. <i>Minueto y finale</i>	166
<i>Epílogo. Réquiem y fuga.</i>	229
<i>Agradecimientos con molto brio</i>	271

Para Angélica, música de mi vida...
Y para Eric, nuestra canción...

Nota del autor: En *Allegro* las múltiples ofrendas musicales, fechas, acontecimientos y personajes (salvo una que otra referencia y aparición menores) son fehacientemente reales, pudiéndose consultar su existencia en el registro histórico. Todo lo demás en este divertimento es inventado, una invención, diríase, a dos y tres y muchas voces.

PRELUDIO

Obertura

LEIPZIG, 22 de abril de 1789

Vine a Leipzig en busca de algo que me salvara, un signo, una señal; así de perdido estaba.

¿Qué signo, qué señal? Un rastro que dejó tras de sí un compositor muerto, tal vez un mensaje desde el más allá. Pero ¿por qué había de mandármelo, si él nunca supo de mi existencia, si yo ni siquiera había nacido cuando falleció él en esta misma ciudad?

A nadie podía comunicarle una empresa tan descabellada. Especialmente imposible explicárselo a mi Constanze, que lo hubiera tomado como evidencia adicional de otro de mis desatinos, acosado como estaba por las deudas y por una melancolía que no cejaba. *El rey Federico me aguarda en Potsdam* —le dije—, *promete un puesto que habrá de resolver todos nuestros problemas*, se lo juré a mi mujercita aunque nada de aquello era cierto. Una estrategia para que a ella le pareciera natural que me detuviera en Leipzig, una ciudad que se hallaba de camino a Potsdam, y donde ofrecería un concierto, a ver si recomponía nuestras arcas vacías y, con suerte, le llevaba algunas escuálidas monedas de vuelta a Viena. Imposible contarle a mi dulce y afable Constanze que yo visitaba esta ciudad con la esperanza de que Dios me enviara un susurro, alguna revelación.

Nada. Abandono Leipzig mañana sin haber desvelado siquiera un indicio, una huella, un sonido.

Y ahora, justo antes de mi partida, retorno de nuevo a este cementerio, por tercera vez en tres días vuelvo a pararme frente a la sepultura donde yace Johann Sebastian Bach, seis pasos al sur contando desde la esquina de la iglesia de San Juan, eso me dijeron, puesto que no hay ni una losa, ni una mención, simplemente un bien aseado pedacito de tierra. Fue hace casi cuarenta años que el gran Bach vio por última vez la luz, vio esa última luz y la perdió, lo cegaron dos veces en dos operaciones, y entonces, y entonces... Entonces, ¿qué? ¿Qué pasó?

De los tres hombres que sabían la respuesta, que creían saberla, ni uno está vivo hoy. Sólo permanezco yo, sólo yo tengo un atisbo, una posible conjetura, de la puerta que se abrió —¿o acaso se cerró para siempre?— en aquella habitación donde ese inmenso compositor recibió la santa comunión en su lecho de muerte, sólo yo quedo como testigo de que algo especial sucedió, un crimen o una absolución, heme aquí todavía, tratando de descubrir la verdad y separar la falsedad de sus ilusiones, solo sobrevive apenas este superviviente de treinta y cuatro años que contempla una fosa silenciosa, este hombre desorientado que recuerda hoy al niño que empezó hace tantos años el viaje que condujo hasta esta ciudad, esta desesperación.

El niño que ya no soy, que nunca más seré.

PRIMERA PARTE
LONDRES 1765

I. ALLEGRO MA NON TROPPO

LONDRES, 2 de febrero de 1765

El hombre se me aproximó apenas unos segundos después de que el concierto hubiera finalizado, antes de que el aplauso se desvaneciera. Y, sin embargo, su voz tenía una calidad penetrante, aflautada, que sobrevolaba el batir de palmas y los murmullos y el correveidile de los concurrentes, y, de hecho, era flaco como un cáñamo y algo torpe en su andar, pero no sin gracia, con una voz agradable que había cantado con ganas, supuse, cuando así se lo insinuara una ocasión festiva. Y deben habersele brindado muchas ocasiones y bien festivas durante sus cuarenta y tantos años, como lo atestiguaba un par de ojos centellantes y confirmaba su atuendo opulento, por mucho que una expresión de miseria decorara su rostro. Mas no fue aquello lo que me llamó de veras la atención.

—Una palabra, joven maestro —dijo.

Eso era lo excepcional. Se dirigía a mí en mi lengua germana nativa —todo correcto y gramatical y en su sitio, a pesar de que las palabras mismas se recargaban con los acentos nasales y atildados del inglés. Sin que tal densidad en su cadencia me incomodara—; era todavía, a la sazón, un niño chico, habiendo celebrado tan solo la semana anterior mi noveno cumpleaños, y hallábame enfermo de nostalgia, con ansias ya de vol-

ver a mi pueblo natal. *Te acostumbrarás* —había insistido mi padre—, *no puedes aspirar al tipo de vida que mereces, que la familia merece, si los dos, tú y tu hermana, no estáis dispuestos a viajar por Europa, si no buscáis fortuna lejos de Salzburgo*. Como pocos ciudadanos de Londres hablaban alemán y mi inglés era menos que rudimentario, a pesar de una habilidad asombrosa para imitar los sonidos más variopintos —¡mi francés y mi italiano eran casi perfectos!—, aun si él no hubiese exhibido ese aire tan desdichado, tan de perrito faldero, gustoso hubiera atendido a ese hombre que me llamaba joven maestro. Y con más gusto todavía a medida que colmaba mis oídos con elogios y parabienes acerca de la sinfonía que acababa de presentar a un público selecto de la Carlisle House, pero que dentro de poco podría ser admirada por los *cognoscenti* del vasto mundo que no habían tenido el privilegio de atender la *première* de mi magnífico recital, muy superior, me aseguró él, a las manifestaciones de Johann Christian Bach o Karl Friedrich Abel, conducidas por ellos mismos, que habían seguido y precedido a mi propia armonía divina. Palabras tuyas que, por cierto, podrían haber sido calcadas de mis propios pensamientos.

Aunque apenas un esbozo de muchacho, ya me había acostumbrado a sorber y saborear tales homenajes, un torrente de adjetivos, divino, majestuoso, invencible, todopoderoso, ecos de lo que mi propio papá me consagraba, juntándose al río de aclamaciones que me prodigaban por doquier, tantos superlativos habían atiborrado mi cabeza, bañándome en un eterno bautizo, brotando como agua clara desde una fuente inagotable, siempre insuficiente, deseaba más, deseaba que

aquel río se derramara en un mar infinito, más y más y más. Y, sin embargo, ese hombre estaba cayendo en exageraciones estafalarias, magnificando mis atributos más allá de lo que mis propios padres se permitían; por mucho que este caballero creyera cada alabanza, sospeché que su adulación tenía que entrañar otro sentido. Tal vez fue la manera en que chasqueaba los labios con deleite como si acabara de degustar la salsa más inusitada, la manera enroscada en que se le amaneció una sonrisa. Los dientes desiguales de su boca no depusieron mi simpatía por él. Era tan inocente aquella sonrisa, como la de un pequeño que recibe la bendición y gracia de su padre en vez de una paliza al volver a casa cubierto de sudor y barro. Tan llena de esperanza, su sonrisa.

Algo quería de mi persona.

Alertado por sus excesos, quizá debería haberlo rehusado, no haberme comprometido con un ser completamente extraño.

Si bien no era, en realidad, un extraño.

Había remarcado ya su presencia enjuta y elegante a lo largo de los últimos meses, en conciertos ofrecidos por otros músicos y en el King's Theatre durante las representaciones de la ópera *Adriano en Siria* y el *pastizcio Ezio*, así como beneficios para la familia Mozart en que yo mismo y Nannerl habíamos tocado con gran éxito, el hombre atinaba a estar siempre en la vecindad, merodeando en las riberas de mi atención. Comiéndome con una vista hambrienta, desde lejos, jamás intentando acercarse, invariablemente adusto, con un aire lunar, sus ojos resbalando por la concurrencia, primero deteniéndose en mi presencia para luego deslizarse hacia

mi padre, y después fijarse en mi hermana, incluyendo por último a mi madre en las pocas oportunidades en que ella nos acompañaba, inspeccionándolos con una mirada decididamente opuesta a la que me dirigía a mí, como si yo fuera un castillo y ellos el foso, yo el tesoro y ellos los dragones.

Le había asignado poca importancia, calificándolo como algún aficionado demasiado tímido y reverente como para anunciarse, registré su existencia como de reojo y enseguida la olvidé hasta la próxima aparición mía en público y ahí estaba de nuevo, como una sombra al borde de la invisibilidad, él siempre solitario y yo siempre, por cierto, acompañado.

Esta noche era diferente —para él y para mí—.

Esta noche había traído consigo un niño flaco, más o menos de mi edad, reparé en ello apenas lo divisé entre el auditorio disimulándose al fondo del *hall* grandioso y brocado de la señora Teresa Cornelys. Así es que hoy se vino con su hijo, pensé, sin que me cupiera duda de que fuese, en efecto, un vástago suyo aquel chicuelo que exhibía una mirada similar de desdicha artificial que no lograba, sin embargo, y también como el padre, suprimir un regocijo natural. Ambos, como dos cachorros a los que se los ha cogido en el acto de cagar, pero muy contentos de sí mismos.

Me dieron pena, a pesar de mi suspicacia.

Aun antes de que el hombre me dirigiera una palabra, había reconocido en él una cierta veneración por el poder, algo rastrero y servil, aun antes de que me hiciera una genuflexión casi degradante mientras me saludaba con el epíteto de joven maestro en alemán, reconocí cómo había vivido, cómo había sobrevivido.

Algún progenitor le había enseñado que no podemos avanzar en este mundo si no nos inclinamos ante los potentados, aquellos que dispendian las monedas y que otorgan los honores y que te pueden dar una patada en el culo o hacerte levitar en sus brazos hacia la gloria, no podemos prosperar al menos que aprendamos a bajar los ojos y doblar la cerviz e insistir que somos sus sirvientes más humildes y obedientes. *Pero adentro, Woflerl —había exhortado mi papá—, adentro eres libre de pensar como sea tu voluntad íntima, adentro tienes lo que ellos no tendrán jamás, que Dios os ha brindado asombrosamente más de lo que les ha dado o dará a ellos. Y que esa certidumbre te sostenga en los años difíciles que te esperan una vez que crezcas y ya no seas un prodigio infantil, una vez que debas, como lo he debido hacer yo, ganarte el pan como músico indefenso en un mundo inmisericorde.*

¿Tenía conciencia de ello este hombre flacucho que en forma obsecuente se encorvaba ante mí? ¿Su propio padre le habría advertido, como lo hizo el mío, que guardase siempre en su interior una reserva de dignidad? ¿O estaba tan sediento de mi favor que había olvidado toda hidalguía?

Como si pudiese auscultar mis meditaciones, cesaron abruptamente sus cumplidos, y en una voz tan disminuida que solamente él y yo éramos capaces de percibir, me exhaló una pregunta:

—¿Sabe acaso guardar un secreto, maestro Mozart?

Intrigado por esta vuelta imprevista de la conversación, no vacilé en responder que sí, que por supuesto que sabía y sabría guardar secretos de toda laya.

—¿Y está usted dispuesto, estimado señor, a galo-

par al rescate de un anciano al que se lo ha calumniado, que ha sufrido terribles agravios, y que precisa socorro y amparo, es factible que usted ayude en la gran tarea de restaurar su honor?

Asentí con un movimiento de cabeza. Era como un cuento de hadas, ¿cómo no iba a proporcionar mi beneplácito?

—Debe jurar que no le contaré a nadie los entretelones de esta conversación —continuó—. Salvo a un hombre, salvo a Johann Christian Bach, hijo del incomparable Johann Sebastian, fallecido ya hace quince años —y sus ojos se escurrieron en dirección del Kapellmeister que todavía se encontraba junto al podio recibiendo felicitaciones por su más reciente *Sinfonía concertante* escrita en forma exclusiva para estas sesiones de suscripción popular—. Si usted llegara a favorecernos, estaría yo, así como el anciano al que me referí, en deuda con usted por toda la eternidad. ¿Puedo contar con su aquiescencia, es posible, dígame si lo cree posible, joven y noble señor mío?

Su necesidad era tan urgente y explícita y conmovedora que apeló a mis querencias más profundas, por cierto que reaccionaría con la cordialidad que me era tan natural, y estuve a punto de asegurarle que contara conmigo, claro que sí, estimado caballero, cuando me asaltó una idea escalofriante: ¿y si fuera espía este señor? ¿Un actor contratado por mi padre para ponerme a prueba? “No le tengas confianza a nadie, Wolfgang, especialmente desconfía de los médicos”, ésa era una de sus cantilenas favoritas, un ritornelo perpetuo. Tal vez mi apreciado papá había decidido emplear algún conocido de Garrick, algún histrión de última catego-

ría, para ver si, en la primera noche en que me escapaba de su vigilancia benevolente, sucumbía a la creencia atroz de que los seres humanos nacían buenos, todos, todos. ¿No era el aspecto inocente de este hombre excesivamente perfecto? ¿Podrían mis padres —pero no, de ningún modo mi madre se hubiera prestado a un ardid como ese, nunca me engañaría, ni por mi propio bien—, acaso entonces mi papá no podría haber entrenado por su cuenta a este caballero, extraído de él esa mirada de ternero degollado que penetraría en mi corazón, suscitando la compasión prohibida? ¿Adiestrándolo como se hace con un violinista de mala muerte, un flautista de la más baja calaña? Aunque, de ninguna manera, de la más baja; más bien un profesional hecho y derecho: si este intruso llevaba una máscara, como aquellas que me encantaba lucir para el Carnaval, estaba pegada a su semblante como una segunda piel. Y además, mi padre no podía darse el lujo de alquilar a alguien de alta categoría o de categoría alguna, no hubiera malgastado las libras que no poseíamos para tantear mi comportamiento. Un delirio pensarlo siquiera: absurdo que mi papá vaticinara que me iba a quedar solo esta noche ni otra noche o día o tarde o madrugada o mediodía sin su resguardo, sin sus consejos que me orientarían respecto de quién no debería fiarme, o a quién extenderle el beneficio de la duda.

Por una vez, y por primera en mi vida, si confiaba o no en alguien como este hombre delgado dependía enteramente de mi juicio exclusivo, sin que lo determinase el miedo a la ira de mi padre o el anhelo de su aprobación. Si se me estaba sometiendo a una prueba, no

era una diseñada por Leopold Mozart, sino por Dios mismo. Una lección inicial de cómo leer debajo de la superficie agradable y mendaz de cada admirador, Dios que me instruía en el arte de refrenar mi personalidad afectuosa y la misericordia automática —y, por ende, excesivamente complaciente— que siento en forma necia por cada alma perdida que cruza por mi camino, preparándome para el día cuando, sin aliados ni familia en el mundo, tendría que discernir por mí mismo quién era mi enemigo y quién mi amigo.

¿Qué hacer, entonces, si el altruismo instintivo no servía para encauzarme? ¿Había algo más que me guiara en este caso decisivo, alguna ambición propia a la que adherirme? En efecto. El intruso me había preguntado si era capaz de guardar un secreto, insinuando que tenía una misión que prodigarme, una aventura. Ésa era la razón por la que le diría que sí, porque estaba ávido de hazañas heroicas —admítelo, Wolfgang—, tan ávido como estaba él de que yo me pusiera a su servicio.

Un encuentro de intereses, el suyo y el mío, que podría haber ocurrido únicamente esta noche.

Era un milagro que yo estuviese ahí, sin escolta, nunca antes me había hallado libre de ojos apreciativos y afables dedos guardianes, un cuerpo adulto que me protegiese de cualquier incursión hostil o benigna. Un milagro que en igual medida había temido y a la vez ansiado. Un milagro que evidentemente este hombre acechaba desde hace meses, aunque desvelado por un temor asaz diferente del mío: el temor de que jamás se materializaría una oportunidad para acercarse a mi persona sin que lo estorbasen. Acechando a cada mo-

mento, rezando para que cuando la coyuntura fuera propicia, él acertaría a estar cerca, revoloteando en las inmediaciones, listo para depositar su secreto en mi oreja con toda tranquilidad.

Un momento, digo, que casi no se había materializado.

Me había despertado ese sábado por la mañana más temprano que de costumbre. De un salto brinqué de la cama, erguido y despabilado antes de que mis ojos se despejaran, trémulo de excitación.

¡Hoy era el día! Hoy iba a escuchar al maestro Bach presentar mi sinfonía, la inaugural de una serie que imaginaba ilimitada —podía ya vislumbrar una extensión amplia de obras similares que produciría, ya estaba terminando una segunda y una tercera y la semana que viene pensaba comenzar una cuarta sinfonía—, hoy era el día, esta noche era la noche. Sí, sí, sí, molto allegro era mi futuro inminente, como el primer movimiento de mi primera sinfonía, alborozado y risueño, los espectadores se agolparían para felicitarme y decirme cuánto me amaban, a mí y todo lo que componía, todas esas damitas hermosas y sus besos, hoy, hoy mismo.

Pero, cuidado, no tan rápido —allá afuera, en la calle Thrift Street, reinaba un silencio de muerte, un destello de luz mortecina y fantasmal se esparcía por el barrio de Soho, un remolino quieto y ominoso más allá de las cortinas—. Trastabillé hasta la ventana, tropezando contra el pie del clavicordio que papá había arrendado, me aguanté las ganas de lanzar un alarido de dolor. No quería alborotar a la casa entera, al menos por ahora, por ahora no, aspiraba a disponer de unos minutos a mis anchas, sin ver a nadie.

Abrí una mínima brecha en las cortinas, justo como para abarcar un espectáculo que hizo comprimirse mi corazón.

Estaba nevando, nevando fuerte. Una maravilla de belleza, eso es lo que hubiera exclamado en una mañana como ésta en Salzburgo antes de que saliéramos, la familia completa y una bandada de amigos, para solazarnos con trineos y patines, hubiera ovacionado cada copo de nieve como una leve misiva enviada por Dios. Pero aquí no; en Londres no. Aquí el mensaje desde el cielo significaba lo opuesto: que las calles eran malignas, dagas de hielo y escarcha colgaban de las compuertas de nuestro hogar transitorio como dientes, secreciones, la dura saliva de un cadáver. Y otro mensaje desde las entrañas de la residencia ratificaba las malas noticias: el primer sonido del día era mi padre vomitando, arrojando todo lo que tenía y no tenía en el estómago, trayéndome a la memoria la travesía de Calais a Dover el año pasado. Los otros pasajeros quedaron atónitos de que un solo individuo pudiera generar un barril tan vasto y devastador de comida a medio digerir —eran seis esos acompañantes, los ojos sorprendidos y los cuerpos bamboleándose, Herr Leopold Mozart los había embarcado para aminorar el costo del viaje—, pues bien, esta náusea londinense rivalizaba con aquélla.

Y luego otro sonido. La tos de mi linda hermana, peor que la de ayer, ronca y persistente y pérfida.

Y finalmente, un tercer sonido. Mi madre que clamaba, *Wolfgangerl, Wolfgangerl, ¿estás bien, mi amor, has pasado buena noche, niño mío, mi corazón, mi estrellita?*

Y yo sabía, nadie tenía por qué dilucidarme minu-

ciosamente el asunto, era como notas escritas y solfeadas en blanco y negro, que el día que había comenzado, por lo menos en mi fantasía, en forma auspiciosa, iba a concluir en una tremenda decepción. Confirmándolo al oír a mi papá despachar a Porta, nuestro fiel sirviente, a lo del barón Johann Christian Bach. Mi padre, como era su costumbre, enhebraba en voz alta su recado a medida que lo pergeñaba. *Dígale por piedad al maestro de Conciertos Bach que nos perdone nuestra ausencia esta noche en la Carlisle House y en la cena que más tarde se ha de festejar en la casa de la calle Dean, King's Square Court, donde él y Herr Karl Friedrich Abel residen, pero de nuevo la enfermedad ha sentado sus reales en nuestro hogar. Mi hija Marianne adolece de un achaque preocupante en la garganta, tanto es así que abrigamos el temor de que pueda empeorar, como le acaeció a nuestro invencible y querido Wolfgang el año pasado, tanto es así, digo, que casi llamamos a un sacerdote. En cuanto a mi persona, estoy, querido señor, indispuerto, aunque nada si se compara con la aflicción que me desmoronó este julio pasado después del concierto privado que consagraron mis hijos a milord Thanet en su mansión. Debemos, hélas, ser prudentes. Aquel padecimiento significó la pérdida de todo julio y agosto, nos forzó a mudarnos a Chelsea. Ciertamente que el aire es más puro allí, pero resultó un gasto duro de solventar. Si tuviéramos que volver a cancelar, como entonces, nuestras presentaciones musicales con el subsecuente menoscabo de nuestro patrimonio, sería catastrófico. C'est à dire, no podremos asistir. Anda, anda, vete de una vez, hombre, y asegúrate de que no perturbes el desayuno del maestro Bach ni de Herr Abel.*

El alborozo del allegro molto se había transmutado en los tonos dolientes de mi andante, un sombrío segundo movimiento que negaba las travesuras del primero. Este día no sería el día, ni esta noche la noche. Las damas en sus vestidos radiantes y sombreros con plumas multicolores, exaltarían mi música, pero sin una lisonja para mi persona, oscilarían la cabeza de un lado a otro en busca del joven prodigio, ¿dónde está el niño encantado y encantador, dónde el portento de la naturaleza, la sensación del Siglo de las Luces que ha compuesto esta maravilla de sinfonía a los ocho años, por qué nos han privado de su estampa y figura? Su pesadumbre fusionándose con la mía tan lejana y con la de los *gentlemen* que habían anticipado este momento de mi triunfo toda la jornada, o más bien, toda la semana y el mes, desde la publicación del aviso anunciando que el próximo concierto en la Carlisle House contaría con un invitado especial, de tiernas primaveras, el asombro de las cortes de Europa (¿y quién otro podría ser, eh?), admiraremos al pequeño genio la noche del 2 de febrero de este año de 1765, gozaremos de lo que King George y Queen Charlotte han gozado ya tres veces en su propio palacio, y lo hemos de hacer por una nadería si se contrasta con lo que tuvieron que amortizar sus graciosas majestades.

No llegaría a ser, no iba a cumplirse ese sueño, murmuraba mi andante, la infección y el desorden han visitado una vez más a la familia Mozart, los violines estremeciéndose, disolviéndose a hurtadillas en la tristeza de los instrumentos de viento, pero el niño, no, no puede ser, voto a tal, que al niño se lo lleve el Buen Pastor, y a tan temprana edad, tan reciente, sin haber cumplido su inmenso destino, sus infinitas sinfonías.

Me largué a llorar y corrí hasta mamá en la otra habitación y zambullí mi cabeza en su amplia falda. Meció su cuerpo, meciéndome también suavemente a mí, se tomó un buen tiempo antes de tomar mi cara entre sus manos y secarme las lágrimas.

—Es la voluntad de Dios, Wolfgang —dijo—. ¿Te vas a enojar con Dios, Nuestro Señor? Fue Él quien le mandó ese catarro a tu hermana y le dio vértigo a tu padre y el que nos hizo preocuparnos tanto cuando enfermaste el año pasado, en febrero, ay, en febrero, mes maldito. Pero ¿hemos de dudar de Su sabiduría, que existe una causa por la que organiza así estos tropiezos, hasta los que nos acaecen siempre en febrero, de acuerdo con Sus deseos desconocidos y no según los nuestros tan mortales? ¿Vas a desafiar a Dios?

Respondí que no, que era inconcebible un tal desafío, pero de todos modos, añadí, ¿por qué me había inspirado a escribir la sinfonía si Él me iba a impedir que la escuchara bajo la batuta insigne del maestro Bach?

—Te quejas de una minucia como esta, hijo. Imagínate si te hubiera dejado ciego como al bien amado Händel, como lo hizo con Homero y Milton y tantos otros en nuestros tiempos aciagos, y ahí sí que podrías preguntar ¿por qué?, ¿por qué? ¿O si te provocara una sordera? Pero ¿esta postergación momentánea del placer? Créeme, todo saldrá bien, ya verás.

—¿Y si no les gusta mi sinfonía? Los aficionados esperan que asista, acudirán debido a que se les dijo que yo...

—Y bueno, si son tan estultos, adivina, ¿puedes adivinar lo que les vamos a hacer?

Sí que lo podía adivinar, claro que sí, y ella conocía ya mi respuesta, acompañada por mi primera sonrisa de la mañana.

—Les vamos a cagar encima, mamá.

Me celebró la ocurrencia con un abrazo cálido, como si hubiera recordado entera mi tabla de multiplicación.

—Pero antes, Johannes Chrysostomis Wolfgang Theophilus...

—¡Amadeus!

—Pero antes, Amadeus, ¿qué vamos a hacer antes?

—Antes les vamos a tirar un pedo en plena cara y enseguida hacemos caca.

—¿Y después de eso?

—Y después de eso, pueden lamerme el culo.

—¿Y qué más?

—Lamer a lengüetazos la mierda esparcida por el suelo.

Los dos nos reímos de buena gana, regocijándonos más de la mutua compañía que de la broma misma, agradecidos de que, pasara lo que pasase, jamás nos faltaría el amor.

—Pero tal vez —dijo mamá— no habrá necesidad de medidas tan extremas. Tal vez Dios concorra con una solución distinta a tu dilema.

Su profecía me produjo un ataque de alegría tal que agarré una escoba arrimada a un rincón de la pieza, me monté sobre ella y me puse a trotar en torno a mi mamá. Me festejó mi galopada con tanto jolgorio que tuve que reírme, y nuestra felicidad debe de haber sido la señal para que una solución, en efecto, se manifestara.

Presto, mis contrariedades no serían eternas, mi presto, el tercer movimiento de mi sinfonía había presagiado lo que iba a ocurrir siempre que tuviera una sobredosis de fe, si creía profundamente en mi propia música y en la mano de la providencia, que habría una conclusión venturosa para la congoja del andante, nada podía entorpecer mi acceso a la armonía que había creado para que el mundo fuera un lugar más placentero, nada podía trabar el acceso a mis espectadores.

Presto, el sonido en la calle de un carruaje presto y enseguida el presto golpe en la puerta y el vozarrón presto de mi mentor y maestro Johann Christian, mi amigo Christel —*llámame eso, me dijo, pero no se lo digas a nadie, eso es lo que me llamaban cuando tenía tu edad, cuando mi padre seguía con vida*—, sí, era él, mi amigo golpeaba a la puerta.

Trayéndome la salvación.

Johann Christian Bach no aceptó excusas ni reparos.

Mandaría, dijo, su cabriola a buscarme apenas se pusiera el sol, viajaría muy abrigado y con mucho cuidado y sería devuelto salvo y sano y victorioso a 21 Thrift Street después de la cena con el conde de Thonet y su esposa en la calle Dean. Un plan ventajoso para todos: el joven Mozart podría deleitarse con la ejecución de su sinfonía, al público se le abriría el apetito para lo que le esperaba cuando se llevara a cabo el concierto de beneficio de Nannerl y Wolfgang el 21 de febrero próximo, y nuestra anfitriona, la buena Mrs. Cornelys de la Carlisle House, quedaría encantada de que el invitado sorpresa hubiera llegado a deslumbrar, después de todo, a la concurrencia.

Y, por cierto, también había que tomar en cuenta la tabaquera.

Su voz era firme y persuasiva, un alivio, tanta serenidad, en medio del bullicio de nuestro hogar: Nannerl lloraba amargamente, culpando a su fiebre de arruinar una oportunidad única de consolidar la fortuna familiar, mi papá insistiendo en que era absolutamente *Unmöglichkeit*, imposible, imposible, el niño puede resfriarse con consecuencias mortales y ya no nos queda, estimado señor, nuestro milagroso polvillo negro, mientras que mamá le rogaba a su amado Leopoldo que reconsiderara y, era que no, claro que sí, mis propias súplicas estridentes se agregaban al barullo; y para qué mencionar a Porta, que convidaba a un café matutino a nuestro huésped, o a Hannah, la sirvienta, que, impertérrita en medio del caos, insistía en agasajarnos con *scones* calientes, recién salidos del horno.

El antagonismo de papá iba disminuyendo, podía yo intuirlo.

Fue la tabaquera convenida con lord Thanet lo que determinó ese cambio de actitud, la promesa de ese regalo si cumplía mi rol, al agradarlo con una presentación mía después de la cena, mientras él y los otros comensales degustaban sus licores. Una nueva tabaquera, una más valiosa incluso que la de plata que había recibido de la condesa de Tessé en Versalles, justo el año pasado. Lord Thanet la esgrimía como una incitación, casi como si estuviese en la habitación con nosotros.

—Pero ¿no puede ser alguna otra noche?

—Desafortunadamente, milord parte mañana para sus dominios escoceses y no tiene fecha segura de retorno.

—¿Y es de oro, dice usted?

—Toda de oro, afuera y adentro. Para el niño si se desempeña bien, como es habitual en él.

—Pues ha de desempeñarse en forma inmejorable, de eso no cabe duda, tocará el piano de manera excelsa. Vendadle los ojos, cubran el teclado, pídanle a milady que canturree cualquier melodía y el niño se pondrá a improvisar una sonata entera sobre ese mismo tema. Todo esto, todo esto y mucho más, como os consta, Herr Bach.

¿De manera que estaban de acuerdo?

—Me dice que lo va a traer de vuelta de noche, cuando la oscuridad cubre las calles, cuando el frío es más traicionero, cuando el hielo se agazapa para dar su zarpazo, no, no, no puede ser, no podemos arriesgar nuestro tesoro por una ocasión como esta, el niño es delicado y requiere atención constante. Debe entender, señor, que hoy es el dos de febrero, un día fatídico para nuestra familia. Dos varones, el pequeño Leopoldus y nuestro Carolus, ambos, Dios Todopoderoso se los llevó por separado en esta misma fecha, uno de ellos, nuestro primogénito, hace dieciséis terribles años, y el otro, han pasado exactamente trece años desde que él... un día infausto, le digo, querido Kapellmeister Bach, para que nuestro único heredero de sexo masculino afronte la tormenta de nieve.

Tal vez el presto se había interrumpido abruptamente, tal vez volvíamos al andante o a algo aún más sombrío, un réquiem para mis ilusiones, un funeral para mis sueños de grandeza.

Intervino mamá.

—No hay nada más que discutir. El muchacho debe acudir a la cita.

—Amor mío, el apuro es mal consejero. Piensa en la condesa Van Eyck, pobre, en el hotel Beauvais, también en febrero, justo el año pasado, piensa en los signos funestos que se asoman en el horizonte y el precio que se paga al ignorarlos.

—Si te preocupa, Leopold, la pesada carga que sobrellevo, te ruego que no pienses más en mí, caro marido. Lo que nos debe concernir es Woferl y su futuro. Si Dios ha escogido esta fecha desdichada, este segundo de febrero que nos persigue, entonces ha de ser por alguna razón ulterior: para que comprendamos que no habrá de plagarnos para siempre con tal infortunio y mala coincidencia nuestro Señor de la Misericordia. Sería arrogante por nuestra parte decidir que este día o cualquier otro día va a ser mejor o peor que algún otro, o que alcancemos para Él la importancia de Job. Veamos la coincidencia de fechas como un reto que sabremos confrontar, como siempre, con resolución. El muchacho ha de acudir, lo reitero, a la cita.

—¿Y el frío, tan tarde de noche, cuando retorne de esa cita de que tanto hablas, el frío, mujer, el frío?

Mi madre rozó levemente la manga de la camisa de mi venerado padre y se dirigió, para mi regocijo, a mi salvador:

—Si no es un inconveniente para usted, Herr Bach, el niño podría pernoctar esta noche en su hogar. Conozco bien a su ama de llaves y ella lo va a cuidar como se merece. Y por la mañana, después del desayuno, podrán tocar el pianoforte a cuatro manos, tal como lo han ambicionado hacer desde hace mucho tiempo,

una manera de que ambos pasen algunas horas delectables improvisando algunos temas. Con tal, estimado señor, de que lo devuelvan aquí con tiempo de sobra para atender la misa dominical.

Mi amigo Christel me guiñó un ojo y anunció que, por supuesto, madame había mostrado una vez más su sagacidad y que él no se había atrevido a ofrecer tal hospitalidad por temor a que ocasionara aún más resistencia. Una solución del todo excelente. Ya mañana la borrasca debería amainar, derritiéndose el hielo en las calles, y él me libraría personalmente a mis devotos padres, para que el joven Mozart pudiera concurrir a misa, una necesidad que él mismo, como católico de devoción, podía entender sobremanera.

La alianza de mi madre y de mi mentor —y mi hermana terciaba con sus ruegos de “por piedad, por piedad, papá, no le cortemos las alas a nuestro Wolfgang”—, todo ello unido a mis propias solicitaciones, junto, por cierto, a la tabaquera de oro, terminaron por arrinconar a Leopold Mozart.

Al llegar el crepúsculo vespertino me rindió a las mercedes del Kapellmeister Bach, con la frecuente admonición de que me protegiera ante las incursiones de malandras y bribones y falsos amigos, chupasangres y petimetres indigentes, *el muchacho tiene un corazón excesivamente blando y desprendido, le ruego, estimado señor, que no lo pierda de vista.*

¿Cómo iba el magnífico Johann Christian Bach a supervisar mi conducta en forma incesante? Ni si hubiese dispuesto de los mil ojos de Argos. Estaba ocupado, tenía sus propios mecenas y pupilas y admiradores a los que aplacar y engatusar. Tan pronto había com-

pletado los últimos compases del minueto de su nuevo opus, se vio inundado por una horda de adeptos, muchos de ellos exigiendo saber dónde podrían adquirir copias y grabados de las obras que acababan de escuchar, así como las seis sonatas para violín y clavicordio, siempre que no fueran desmedidamente difíciles para los dedos de sus cándidas hijas cuando se pusieran a tocar aquellas piezas en casa.

Tanta adoración no me producía ni una pizca de envidia.

Todo, todo, se lo merecía.

Sus guiños hacia mi persona justificaban todo lo bueno que podía sucederle. Guiños de complicidad que habían comenzado aquella mañana y que persistieron durante nuestro viaje en su carruaje al anochecer hasta la Carlisle House en medio de la suave caída de la nieve, terminaron convirtiéndose en guiños musicales, tan sutiles que ni el más penetrante de los *cognoscenti* y *habitués* podrían discernirlos, ni siquiera su *confrère* y amigo del alma Abel, cuya propia suite para chelo había abierto la noche.

Maestro Bach había organizado su parte de la sesión como un diálogo conmigo, casi un homenaje. Una vez que la audiencia se había atiborrado golosamente con mi sinfonía en mi bemol mayor, mi mentor había presentado su propia composición en la misma llave, como si fuéramos socios más que maestro y discípulo, el *larghetto* y el minueto como una manera de recordarme que no necesitaba siempre terminar con un presto. Y entonces, para culminar la noche, su sinfonía en do mayor, invirtiendo el orden de los movimientos con que venía yo de encantar al público, seguro que fue

a propósito que mi amigo abrió con un andante para enseguida graduarse hacia su propio allegro jubiloso, una manera de explicarme en forma cortés que iba por buen camino: *muchacho, vas bien, aunque mucho te queda todavía por asimilar, jovencito, escucha lo que logro plasmar con esta orquesta, aprende de mi ejemplo y llegarás a cosechar la fama y una faltriquera repleta de oro.*

Con cuánto cuidado había provisto signos indescifrables, para que solamente yo, en forma exclusiva, pudiera interpretarlos, indicios de dónde me convenía aventurarme en el futuro inmediato, cómo los instrumentos de viento deberían entrelazarse y luego distanciarse de las cuerdas para finalmente juntarse, instándome a que siempre buscara nuevas formas musicales. Claro que sí, claro que estaba dispuesto a aprender del maestro, asimilar, imitar, pero eso era... no era, cómo decirlo, suficiente. Casi no me había atrevido a que el pensamiento surgiera, la idea de que algo —¿era posible?— faltaba en la ofrenda nocturna de mi mentor. No sabía en ese entonces qué podía ser y no se lo hubiera manifestado aun si hubiera encontrado la manera de formulármelo a mí mismo —algo faltaba en su armonía tan placentera, había él eliminado algo que..., aunque no, antes de que se elimine una emoción tiene que haber sido expresada—. El Bach de Londres no comprendía que sus composiciones carecían de una cierta profundidad, no lo sabría nunca. Si su obra abrigaba una tristeza infinita se debía a la sospecha de una cumbre que existía, que lo esperaba, pero que era incapaz de sentir plenamente mientras que yo sí que podía experimentar y padecer esa infinidad, esa tristeza,

esa plenitud. Yo había explorado aquellas alturas y despeñaderos en mi propio andante, con menos complejidad y elaboración técnica que la suya, pero vislumbrando en forma más directa el paraíso elusivo que ambos buscábamos.

Su obra era liviana, era reconfortante, era lozana, era seductora, pero tal vez lo era en exceso. Demasiado agradable. La consolación se había alcanzado antes de que el agobio hubiera recibido su tiempo necesario, su espacio, el consuelo ahí estaba, en orden y ya garantizado, cuando se dio comienzo a la pieza y se recobraba sin mayor esfuerzo al final. No había sufrido cambios en el transcurso. Más inquietante: yo mismo no había sufrido modificación alguna.

No fue más que la intuición de un niño. Trece años más tarde, cuando el destino quiso que nos reuniéramos de nuevo en París en circunstancias más espectrales, cuando yo había visto, por mi infortunio, lo que había deseado y temido ver de cerca, cuando había presenciado minuto a minuto cómo alguien se muere, alguien tan cercano, tan amado, cuando el Bach londinense y yo volvimos a mirarnos a la cara, bueno, en esa circunstancia ya supe con claridad lo que faltaba en su música, lo que mi música ya conquistaba aunque, de nuevo, no se lo dije, en esa ocasión futura, no debido a que era incapaz de articularlo sino precisamente porque sí que lo podía hacer, porque era suficiente que mi arte hablara por sí mismo, mi música ya indicaba la distancia entre una superficie y un abismo, entre una superficie y el aire oscuro y luminoso de la noche plena de estrellas.

Nada tengo en contra de las superficies, me he paseado sobre ellas con frecuencia y con placer, pero no

era ahí donde quería residir, un punto que no hacía falta machacarle al maestro Bach. Yo lo amaba y a su vez él fue indulgente conmigo. El primer compositor de veras ilustre que me brindó reconocimiento —otros sobrevendrían, Haydn vendría— vaticinando en qué me convertiría, en la persona que ahora soy.

Todos vaticinando, prediciendo mi carrera notoria, ni uno de ellos dándose cuenta, como no me di cuenta yo, de lo que me esperaba, de que terminaría habitando este hombre abatido que ahora, en este año memorable de 1789, está de pie frente a la sepultura en Leipzig donde yace el padre de Johann Christian Bach.

Como si allá lejos, en 1765, eso importara, el futuro.

Lo que importaba en ese momento era recibir el espaldarazo de alguien cuya opinión de veras valoraba. No de un duque cuyas falanges torpes y mente de amateur masacraban la viola da gamba mientras reclamaba entretención. No un príncipe que repartía florines para bailes que eran menudencias pulcras pero olvidables, olvidadas apenas minutos después de que unos pies hubiesen martillado el suelo. No un arzobispo que se ufanaba de mi música debido al prestigio que le otorgaba a su corte y no porque acercaba a sus hermanos a Dios con una potencia que sus propias plegarias y buenas obras jamás alcanzarían.

Johann Christian Bach: alguien que comprendía, indudablemente comprendía, y podía enseñarme lo mucho que yo mismo ignoraba y a la vez forzarme a advertir todo lo que jamás podría enseñarme, los verdaderos secretos de mi oficio que, por mi parte, no sería capaz desgraciadamente de transmitirle ni a él ni a nadie, a nadie, salvo que... Si alguien como yo apareciera en mi

propia vida, quién sabe si no me espera en Viena cuando retorne de Leipzig, esperándome en Lichtental con la esperanza de que lo acoja bajo mi alero, tan joven él ahora como yo lo fui alguna vez, si eso ocurre tal vez yo pueda ser generoso con él como Christel lo fue conmigo en Londres, como mi padre siempre intentó serlo. ¿Reconoceré a ese nuevo genio si cruza mi camino? ¿Acaso ha nacido ya? ¿En Bonn, en Hamburgo, dónde? ¿Qué pensó Johann Sebastian Bach de su propio hijo? ¿Se percató de que ni Christel ni sus otros varones alcanzarían las alturas y tinieblas suyas, el cielo terrestre de su obra extraordinaria? ¿Lo percibió alguna vez mi propio padre ya en 1765? ¿Le importó? ¿Me importa a mí? Sí, claro que sí. Porque cada mañana y cada noche ruego a Dios que mi querido papá, tan alejado y tan ajeno a mí durante sus últimos años, no haya llegado a comprender su propia deficiencia en su lecho de muerte, ojalá haya muerto con el alma en paz.

Por cierto que poco de esto —de hecho, nada de esto— se alojaba en mi mente aquella noche. Sólo que Johann Christian se había ganado el derecho de ser el centro de una multitud que lo aclamaba, tal como yo merecía este interludio de soledad, tranquilo en mi rincón, gozando del primer momento desguarnecido de mi existencia.

Y fue entonces cuando el hombre flaco se me aproximó, fue cuando comenzamos a hablar de secreteos y rescates y... finalmente, una vez que estaba yo engatusado, cautivo, cuando le había respondido dos veces que sí a sus requerimientos sin columbrar el lío en el que me estaba metiendo, sólo en ese instante fue cuando Jack Taylor, Esquire, Physick, médico y cirujano

no oculista, residente de Hatton Garden, se introdujo, con otra venia.

A la que correspondí, destacando mi propio nombre.

—Jack Taylor —insistió—, hijo del Chevalier Taylor y la piadosa Ann King.

—Y yo soy el hijo de Leopold Mozart y Anna Maria Pertl, quienes, como usted sin duda puede manifiestamente notar, no se encuentran presentes aquí esta noche. Puesto que de otra manera, se me ocurre, no se hubiera atrevido a saludarme, siendo probable que mi padre no hubiera aprobado este encuentro.

—Mucho he sabido de vuestro padre, joven señor, tal como usted tiene que haber sabido mucho también acerca del mío.

Murmuré una excusa. No tenía la menor idea de qué Chevalier se trataba ni qué monos pintaba en este asunto. ¿Íbamos a pasarnos la jornada parlotando sobre nuestra genealogía?

—El Chevalier Taylor —repitió las palabras con intensidad—. Oculista ante nuestro buen rey Jorge, habiendo atendido a los monarcas de Polonia, Dinamarca, Suecia, al infante real duque de Parma, los electores del Santo Imperio, los príncipes de Saxe-Gotha, Mecklenberg, Brunswick y aun de vuestro propio Salzburgo, un Chevalier aclamado en cada corte, reino, provincia, estado, ciudad y villa de la menor consideración en toda Europa, sin excepciones ni salvedades.

Era una letanía que había recitado muchas veces, desde niño y después como joven y hasta entrar en la condición de adulto, y ahora la repetía de nuevo, no para impresionarme con sus pergaminos, sino por otro motivo que todavía no podía columbrar. El muchacho

a su lado había estado coreando silenciosamente a sí mismo este catálogo de títulos, con labios acuciosos, lengua revoloteante, y cuando su padre hubo finiquitado su lista, sumó algo más en un inglés que únicamente aprehendí debido a que Jack Taylor, Esquire, me tradujo las palabras calladamente en la oreja.

—El Chevalier Taylor, autor de cuarenta y cinco obras en diferentes idiomas, el producto de más de treinta años de la práctica más excelsa en el saneamiento de ojos destemplados, de esta y todas las edades habidas y por haber.

Y Jack Taylor, recurriendo a su tudesco abigarrado, prosiguió en una voz resuelta:

—El Chevalier habla muchas lenguas como un nativo, italiano y sueco y ruso y, *naturellement*, francés. Y su alemán es superior al mío.

El hijo añadió otra serie de frases. Las únicas palabras que pude distinguir eran “books” y el número “three”.

No aguardé la traducción.

Si no interrumpía este dueto de padre e hijo nunca llegaríamos a la coyuntura en que me transmitirían la confianza que debía guardar, salvo en el caso del maestro Bach, ni tampoco la misión que se me iba a encomendar. Vi la oportunidad para retornar a la persona del señor Taylor mismo, dejando de lado por el momento la fama de su antecesor, y arremetí con toda cortesía, blandiendo un cumplido.

—Su alemán es óptimo, especialmente para un inglés, señor Taylor. ¿Cuánto hace que estudia mi lengua?

—Ya van a ser cuatro años. Desde que nuestro benévolo rey Jorge III desposóse con Charlotte de Mecklen-

burg-Strelitz. Un tutor me suministró lecciones privadas por la tarde mientras de noche repasaba asiduamente las conjugaciones y el glosario, con la esperanza de poder algún día conversar con su majestad, empleando los vocablos con que ella pasó su juventud.

Fue imposible para mí ocultar cierta desazón. Había barruntado que por ahí era yo el motivo de sus afa-nes lingüísticos y no la reina, que él se había puesto a aprender mi lengua nativa apenas supo de mis haza-ñas musicales. O por lo menos desde que se difundió por el continente la noticia de que la familia Mozart había partido de Salzburgo en junio de 1763 hacia Londres como su destinación final. Jack Taylor debe de haber leído unas líneas de frustración en mi frente, puesto que se apuró a complementar su primera expli-cación con otra:

—Por supuesto, una vez que usted y sus seres bien-amados arribaron a nuestras orillas británicas este pa-sado abril y, con más razón, cuando las gacetas publi-caron la noticia de que, con el niño prodigio en las rodillas, el Kapellmeister había tocado para sus majes-tades, improvisando entre ambos melodías graciosas, pues bien, reconozco que intensifiqué mi adiestramien-to, ahora con la expectativa de eventualmente hablarle a usted así llanamente como lo estamos haciendo, un optimismo que la providencia ha visto a bien recom-pensar esta noche. Porque es usted, usted es el único que puede salvar el honor de mi familia.

Hizo una reverencia dilatada con sus manos, como dos tallos escuálidos cimbrados por un viento invi-sible. El niño lo imitó con idéntica fanfarria. Había visto yo semejante extravagancia en Francia, pero has-

ta entonces nada parecido en Inglaterra donde los caballeros solían mostrar más reserva al expresar sus emociones.

No quise quedarme atrás, de modo que respondí con un desplante igualmente estrambótico, como si tímpanos y tambores, al mejor estilo de Lully, estuviesen propagando algún magno acontecimiento, ah, ¡cómo me estaba divirtiendo!

—Si no significa una deshonra para mí o para mi propia familia, me hará feliz acceder a su solicitud, dentro de los límites impuestos por mi joven edad. Pero hágame el favor, señor Taylor, de contarme exactamente —y repetí la palabra—, exactamente lo que usted desea que haga, señor.

Por primera vez, lo noté nervioso. Se dio vuelta. Seguí su mirada, que aterrizó sobre la espalda formidable, como de un oso, de Johann Christian Bach, que seguía concitando un abejorro de halagos de parte de devotos y entusiastas.

—Si pudiéramos retirarnos a un aposento contiguo para paladear algún refrigerio, me sentiría más cómodo para llevar a cabo mi propuesta.

Vacilé. Tengo que confesar que vacilé. Por mucho que me estremecía de gusto al verme, en mi noche inaugural de independencia, convidado a una empresa tan misteriosa, intuía que el verdadero peligro no radicaba en lo que el señor Taylor podía plantearme sino en la reacción de mi padre al embrollo en que, incontestablemente, me vería envuelto. Y para colmo, me estaba involucrando en un complot a espaldas de mi amigo Christel, el mismo que había jurado con tanta solemnidad alejarme de toda contrariedad.

Debió haberme causado alarma que Jack Taylor, después de meses de rondarme, estuviese tan ansioso de esconder sus intenciones de aquellos ojos celosos.

Lo que prevaleció, sin embargo, fue mi curiosidad.

Me dejé escoltar por padre e hijo a una estancia cercana, donde Taylor y yo nos sentamos en un diván de tela de raso azul y amarilla, mientras que el niño se acomodó a nuestros pies. Como si yo fuera un adulto como Taylor y su hijo el único chiquillo. ¡Una situación que me complació a más no poder!

Jack Taylor me pilló contemplando al niño.

—Mi hijo, John —dijo—. El tercer miembro de los varones de la genealogía Taylor que lleva el mismo nombre. También ha de ser oculista. Aquí presente para asistirme en mi tarea tan trascendente.

Se dobló hacia el jovencito y le murmuró algo, y me percaté de que este tercero de los John estaba aferrado a un bolsón en que no había yo reparado hasta ese instante, que el niño había mantenido oculto como por arte de magia, como si temiera que alguien le sustrajera un tesoro. Ahora desenterró del morral tres libros morrocotudos, a los que acompañó prontamente un legajo ordenado de papeles.

—Éstas son las memorias que mi padre publicó hace cuatro años —dijo Jack Taylor, recibiendo los libros de manos de su hijo—. Se están traduciendo a doce idiomas, uno de los cuales es el alemán, y me gustaría conferirle una copia de la edición corriente, como una muestra de mi gratitud por su aquiescencia ante esta petición humilde de auxiliarme en la tarea de reivindicar el prestigio que merece el autor de estos anales insignes.

Aunque apreciaba tal merced, le dije, no la podía aceptar, considerando que la familia Mozart viajaba ya con un bagaje excesivo. Era cierto. A papá le obsesionaba cómo haríamos para despachar a Salzburgo los baúles repletos de regalos que Nannerl y yo íbamos acumulando, sombreros, medallones, joyas, vestimentas lujosas, pelucas a la moda, calendarios hechos en Lieja, retratos pintados en París, relojes y cadenas de relojes y cajitas para escarbadiantes de todas las variedades y, por supuesto, tabaqueras, pero a mi progenitor le hubiera dado un síncope de aparecer yo mañana por la mañana con tres gruesos volúmenes de dudoso valor bajo el brazo. Y tampoco apetecía que me interrogase respecto a su proveniencia. Iba descubriendo que cometer un crimen menor es insignificante comparado con las complicaciones mayores que arrastra su encubrimiento.

—Entonces le pido que examine estos documentos, joven señor —dijo Jack Taylor, agitándolos en mi cara—. Basta con echarles un vistazo, para que pueda elucidar más tendidamente los prejuicios que enfrenta mi familia.

Los revisé fugazmente. Cada uno servía de testimonio y prueba de la eficacia del Chevalier John Taylor, licencias de excelencia de duques y príncipes y diversas autoridades del más alto rango, que lo nombraban como *Ophthalmiater* en una sarta de comarcas, grados honorarios conferidos por universidades celebérrimas, decretos pontificales que proclamaban sus habilidades de oculista, el encomio de ciudades como Florencia y Bremen, membrecía en sociedades médicas reales.

Me dejé impresionar. Parecían auténticos. Pero, ¿qué sabía yo de tales faenas? ¿No podrían ser fraudulentos tales pergaminos? Si así fuere, significaba un riesgo descomunal para Jack Taylor. Tamaños aspavientos de importancia iban a ser, más temprano que tarde, descubiertos y denunciados, obstaculizando sus planes y llevando a la cárcel al padre oculista por falsificar las rúbricas y sellos de reyes y soberanos. Además, si yo decidía que todo esto era una gigantesca estafa, era obligatorio dar por liquidada mi expedición. Mejor presumir que los papeles profesaban la verdad.

—¿Y disponiendo de un pariente de tal notoriedad, señor, usted requiere mis servicios para que yo...?

—La fama de mi padre, su gloria, su estima, no tenían parangón, ni sufrieron impugnación, salvo de parte de algunos truhanes viles y alevosos. Usted y su familia deben saber más que nadie cómo la envidia puede corroer las reputaciones más exaltadas, las conspiraciones que alcahuetes sin talento tejen, aquellos que critican los nuevos procesos y búsquedas, sea en la música, sea en la medicina. Afirmo y repito que mi padre recibía devoción y elogios con motivo de las muchas enfermedades del ojo que había subsanado, la visión que restauró a miles de infortunados, su método novelísimo de operar las cataratas, los cuarenta y cinco libros sobre estos asuntos que ha publicado. Elogiado, sí, hasta el año después de que estas memorias del Chevalier se imprimieron, el primer tomo dedicado a mí, su único y benemérito hijo, el segundo a Garrick, el actor eminente, y el tercero a los mercaderes de Londres. Aplaudido por todos, hasta 1762, hasta ese año amargo.

—¿Debido a que en 1762...?

Un sirviente pasó con té, café y bizcochos y los tres nos permitimos compartir un agasajo durante unos minutos, unidos en la camaradería de brebajes y dulces.

—¿Debido a que en 1762...? —repetí, mientras sorbía y masticaba.

—Debido a que en el verano de 1762 Herr Johann Christian Bach pisó el suelo inglés y dio comienzo a lo que, con disgusto, no me cabe sino designar como una campaña incesante en contra de mi padre y su práctica.

No era lo que esperaba oír de su boca. Si hubiera estado de pie, hubiese retrocedido varios pasos, horrorizado, como huyendo de un paciente infectado de viruela. Pero yo estaba sentado y arrinconado contra el sofá, así que sólo me cupo abandonar mi taza de té y despegarme de lo más que pude de Jack Taylor. ¿Pretendía que me pusiera de su parte y en contra de mi amigo, mi mentor, mi anfitrión, mi salvador, mi Christel?

Jack Taylor no pudo sino comprobar mi desasosiego. Calmó mis temores con palabras apaciguadoras.

—Mantengo únicamente reverencia y respeto por el Kapellmeister Bach. Existe un malentendido, eso es todo, y usted ha de ser el instrumento, presumo, para remediar esta situación injusta. Puesto que mi padre ha venido solicitando una audiencia con Johann Christian Bach hace dos años y medio. Cada requerimiento suyo ha sufrido un rechazo perentorio. Hasta los buenos oficios de David Garrick se han visto frustrados.

—Tan dificultoso no debería ser —dije yo, todavía guardando mi distancia. Para enfatizar más tal desafecto, coloqué resueltamente en la mesita el bizcocho a medio morder—. Herr Bach es maestro de conciertos

ante la reina y si su padre, como usted lo sustenta, es el oculista del rey, es probable que ellos se encuentren a menudo; de hecho, me sorprende que no haya yo mismo frecuentado su compañía en alguna de mis tres visitas a la corte.

—Al oculista del rey sólo se le invita al palacio cuando hay una emergencia médica y como nuestro soberano Jorge III, gracias a Dios, tiene la vista de un águila y la potencia de un alazán árabe, no ha sido necesario ni recientemente ni, de hecho, nunca el que mi padre haya tenido que acudir a una cita desde que fue designado en su puesto hace veinte años por Jorge II.

Me sentí de veras perplejo.

—Puede visitar al Kapellmeister Bach en su residencia. En Dean Street. Frente a Kings Square Court. Esta misma noche, ahí lo podrá localizar esta mismísima noche. Es cosa de que golpee a la puerta y se introduzca y...

—Mi padre se halla en el extranjero en este momento. En Francia. Amiens, Reims, Ruan, mañana en Bruselas, pasado mañana en Ámsterdam. Ya sabe usted cuán inclemente resulta el clima en la propia tierra para ganarse el pan. Hace décadas que mi padre viaja por doquier y, una vez que se le hizo claro que sus intentos de reconciliación con Johann Christian se veían empecinadamente impugnados, se lanzó a otro periplo médico, pidiéndome a mí, su único y obediente hijo, que tramitara un encuentro apenas retornara. Y si no conmigo, me dijo, pues entonces contigo, hijo, ¿por qué iría a rehusar verte a ti?

—Debe haber alguna razón detrás de todo esto, señor mío. Si se dignara ilustrarme con los pormenores

de la contienda que separa a su padre y mi amigo, el barón Bach...

El señor Jack Taylor se estaba agitando cada vez más, si bien mantuvo la voz mortecina para no llamar la atención.

—Prefiero no entrar en detalles. Usted no tiene edad suficiente todavía para que abarque las pasiones que estremecen los pechos humanos, la mala influencia que algunos villanos llegan a ejercer sobre los ingenuos. Bastará con aseverar que el maestro Bach, desde su arribo a Londres hace tres años, ha emponzoñado en contra del Chevalier la opinión de cuanta persona conoce, con veneno aún más ostensible cuando se trata de su majestad la reina, que confía sobremanera en su maestro de música que es, después de todo, un alemán como ella. Se supone que los pecados de los padres no recaen en los hijos, a pesar de lo cual también a mí se me maligna, se me ensucia sin la perspectiva de una respuesta.

—¿Y usted desea que yo...?

—Si el maestro no está dispuesto a recibirme en persona, ...y mucho me temo que es tan tozudo, tan hostil, que no ha de ceder, aun si es usted el que solicita esta audiencia..., es notable cómo rehúsa darle siquiera la mano a mi padre, deja la sala si llega a presenciar al Chevalier ingresando en ella. Si no es capaz usted de modificar su actitud, le pediría que entonces, en ese caso y solamente en ese caso, fíjese bien, puede depararle el siguiente mensaje.

Jack Taylor se inclinó hacia mí, expectante. Estaba claro que deseaba que le preguntara por el contenido del mensaje al que se refería.

Lo hice.

—Dígale al maestro Bach que informe a la reina acerca de lo que realmente pasó entre su padre y el mío, dígame que no necesita contárselo a nadie más, salvo a su majestad, eso y nada más, acerca de las dos operaciones que mi eminente padre practicó en la persona de Johann Sebastian Bach.

—¿Su padre operó al padre de Herr Bach?

—Dos veces. Y la reina debe informarse acerca de la verdad.

—¿No tendría más sentido que me transmitiera usted las particularidades de esta verdad a la que alude, de manera que pueda exponérsela al maestro Johann Christian, en el caso de que no la conozca?

—La conoce, es indefectible que la conoce. El que no conoce la verdad soy yo, joven señor mío. Pero me consta que no son ciertos los infundios que el Kapellmeister ha estado susurrando en el oído de su majestad Charlotte, eso lo juro sobre la vida de mi madre, la piadosa Ann King.

—Ésta es una extraña misión —dije—. ¿Me ha rondado, entonces, todos estos meses con el fin de que yo entregue un mensaje que ni usted ni yo entendemos? Y tampoco entiendo por qué me escogió a mí.

—Porque el maestro Bach lo estima y lo quiere. Porque un mozuelo inocente como es usted puede aplacar, como hace su música, el más pétreo corazón, devolviendo a su mentor a su propia inocencia juvenil cuando él no hubiera despreciado a alguien que se presentaba con tanta sinceridad y reticencia para invocar su gracia.

Le pregunté a Jack Taylor si su padre era un hombre bueno y honesto, si podía poner las manos en el

fuego por él, como yo haría gustoso por el mío o por el barón Bach.

Respondió con historias y anécdotas que retendría yo durante mucho tiempo, ejemplos varios de la generosidad de su padre, para enseguida mencionar la fundación de un hospital para los pobres y afligidos que él, Jack Taylor, había establecido, a instancias y con el beneplácito de su progenitor, y terminó jurando sobre la vida de su único heredero, el niño a su lado, que era inconcebible poner en tela de juicio la moralidad y recta causa del Chevalier.

A pesar del destello de la pasión de Jack Taylor y la elocuencia de su juramento, precisaba indagar un poco más antes de aventurarme en la hoguera de este lance, de manera que pudiera presentar su petición con claridad de miras, sin reservas ni incertidumbre.

—¿Y no tiene defectos su señor padre?

—Ningún hombre carece de alguna culpa en esta vida. Pero si me fuerza a seleccionar algo que criticarle, el autor de mis días ha sido demasiado liberal con sus promesas, ofrece, inspirado por la caridad cristiana, más de lo que él o ningún mortal puede garantizar cuando registra la congoja de sus pacientes. ¿No se podría aventurar algo similar acerca de usted, joven maestro, y su corazón tan generoso?

Me tenía en la palma de su mano y yo lo sabía y no me importaba que así fuese. Puesto que su juicio sobre mi persona era, después de todo, certero e irrefutable. De modo que contesté que sí, claro que sí, a mí también se me imputaban análogos excesos de compasión.

—Comprenderá, entonces, joven señor mío, que lo que pide mi padre no es inmoderado. Déjeme contarle

lo que aconteció durante uno de los viajes del Chevalier, no lejos de vuestro propio lugar de nacimiento. Fue introducido en la cámara privada del duque de Holstein y ahí mi padre le miró el semblante, así, directamente, cara a cara estuvo con uno de los soberanos más poderosos de Europa. Uno de los gentileshombres augustos que atendían al duque tiró de los faldones de la levita de mi padre y le advirtió que no era lícito vislumbrar así, con tanto descaro, las facciones de su alteza salvo que hubiese recibido permiso expreso para examinarle los ojos. ¿Se había olvidado el oculista del lugar que le correspondía? Mi padre respondió vivazmente al gentilhomme: *Vuestra excelencia es el que olvida, olvida que justo la semana pasada miré cara a cara al mismo rey de Prusia, y que he de repetir tal guisa con todo hombre y cualquier hombre, pues somos todos criaturas del mismo Dios.* Esto lo anunció con tanto vigor que el duque lo percibió y le ensalzó su bravura y probidad, y dijo, *contemplad mi cara, buen hombre, cuando y donde quieras.* Y no es otra cosa que mi padre ha requerido de Johann Christian Bach, que cada uno se mire el rostro y por lo tanto se miren entre ambos profundamente, ya que los ojos constituyen la ventana del alma, el índice de la mente. ¿No es éste un hombre que merece respeto y asistencia? ¿No es lo que vuestro propio padre esperaría de usted a medida de que se adentre en...?

Abruptamente, interrumpió su arenga.

Un barítono enfático emergía del alto salón colindante, oyéndose claramente sobre el murmullo y cuchicheo y hablillas del auditorio en plena retirada, la marea humana excitada y bisbiseante:

—¡Wolfgang! ¡Wolfgang!

Era Johann Christian Bach, tardíamente cumpliendo el encargo de mi padre de que me tuviera siempre cerca de sus ojos avizores, repentinamente atento a la desaparición de su joven discípulo.

—Abel, Abel, ¿sabes dónde se habrá metido este rapazuelo?

—Pensé que estaba contigo —vino la respuesta achispada de Abel, tal vez había estado libando más de lo que era aconsejable en tales circunstancias, aunque su embriaguez no había interferido un ápice en su reciente y magistral desempeño como chelista.

—Te pedí que no lo perdieras de vista. No lo veo en ninguna parte.

—Que no lo veo, que no lo veo. El jovencito está aquí para que se lo escuche y no para que se lo vea. Hasta un ciego lo podría encontrar. Yo busco en el segundo piso, ocúpate tú de los bajos.

—¿Cómo es posible? —se destacó la voz staccato levemente hombruna de Teresa Cornelys, como si aún estuviese cantando ópera allá en Italia—. ¿El niño se ha perdido? ¿En mi propia Carlisle House? ¿Cómo puede ser? ¿Cómo, cómo, cómo puede ser?

Jack Taylor había palidecido.

—Debo partir —dijo, recogiendo con celeridad los documentos mientras su hijo atiborraba su morral con los tres tomos de las memorias de su abuelo—. Si se topa conmigo aquí...

—Sería una oportunidad para confrontarlo cara a cara, como hizo el Chevalier con el duque de Holstein.

Jack Taylor me agarró del brazo y con la otra mano tomó a su hijo y nos propulsó a un recoveco oculto de-

bajo de la escalera. Yo lancé un alarido de felicidad. Estábamos jugando al escondite. Taylor me suplicó que callara, hablando ahora con una voz aún más débil que la empleada antes, cuando me había preguntado si era capaz de guardar un secreto:

—Cruzarme con él ahora —susurró— causaría un escándalo. Le ruego que confíe en mi discreción. Estamos a punto de perder lo mucho que hemos logrado esta noche, los tres.

Atisbé la figura de Johann Christian Bach abalanzándose por el corredor, vociferando mi nombre para enseguida subir a trancos las gradas. No tardaría en descubrir que no me hallaba en el segundo piso.

—Debo partir, digo, y usted, claro, quedarse. Cuando su historia y mi mensaje hayan suavizado el ánimo del maestro, un encuentro puede arreglarse bajo circunstancias más propicias.

Ya se estaba escurriendo, junto al más joven de los Taylor, destinado a ser oculista como su padre y su abuelo.

—¡Un momento! ¿Y si no se suaviza, como usted sugiere, entonces qué hago? ¿Qué le digo?

Jack Taylor vaciló, como si estuviese debatiendo algo consigo mismo, tal vez silenciosamente con el padre ausente. Hasta que dijo:

—Händel.

—¿Händel?

—Dígale ese nombre.

—¿Y con qué propósito, a saber?

—De nuevo, no lo puedo iluminar más. Es lo que mi padre repite en forma incesante. Händel conocía la verdad. Händel conocía la verdad.

—Händel está muerto, señor mío, hace seis años ya.

—Sí, en efecto, o las cosas serían asaz diferentes, podría él atestiguar que... Mas sólo mencione a Händel, joven señor, si vuestro mentor se niega a esta oferta de reunirnos en forma apacible. Solamente en ese caso. *Adieu, adieu.*

—¿Y cuándo nos volveremos a ver, cómo puedo yo...?

—¿Piensa usted que he laborado con tanta diligencia y celo, aguardado con tamaña paciencia, como para abandonarlo ahora? Antes de que usted retorne a la residencia de vuestros padres en la Thrift Street, empeño mi palabra de que permaneceré en la vecindad para que me confiera la respuesta del barón Bach.

Estuve a punto de informarle que hasta mañana por la mañana no iba a volver a Thrift Street y no, como él presumía, esta misma noche. Tenía pendiente con él, empero, un asunto más inaplazable.

—¡Espérese! —en forma imprudente, le pesqué la manga con dos dedos—. Una pregunta.

Se dio la vuelta, suspirando, pero dispuesto a complacerme.

—Vuestros botones —le dije—. ¿Dónde los adquirió?

Señalé los relucientes botones de su vestón. Eran de madreperla, con algunas bellas piedrecitas blancas en el borde y una piedra fina y amarilla en cada centro. Nada más hechizante había divisado yo en toda la jornada.

—¿Mis botones? ¿Me está preguntando por mis botones?

—Me gustaría que mi papá me comprara algunos para mi atavío, si tuviera usted a bien indicarme un establecimiento donde dirigirse.

—Obtendrá cuantos botones desee, igual a estos, si libra mi mensaje. Sin que importe la respuesta. Asegúrese sólo de que el maestro Bach le preste oídos, ¡y sólo mencione a Händel *in extremis*!

Y, enseguida, tan velozmente como había aparecido, Jack Taylor se evaporó como si fuera un mago, él y ese hijo suyo.

Justo a tiempo.

Johann Christian Bach bajó la escalera a trompicones y cuando pasaba por mi escondrijo, me arrojé sobre él, agitando los codos y rebuznando como un burro.

—Bueno, bueno, ahí estás. —Me abrazó. La tibieza de su regazo y el sudor que le corría por las mejillas eran reconfortantes, este hombre no podía haber sido malevolente con un caballero tan fino como el Chevalier. Mi música era capaz de aunar a rivales y enemigos, todos gozando de los mismos sonidos armoniosos. ¿Cómo no iba a poder mi figura misma instaurar un estado similar de concordia entre estos hombres que eran, cada uno, tan eminentes en su respectivo campo? ¡Lo haría yo, Wolfgang! Entraría a la augusta presencia de su majestad, la reina Charlotte, tomando a cada uno de la mano, y le explicaría a la soberana, *aquí los tiene, amigos. Vea vuestra alteza cuán fácil es la paz, cuán idiota la guerra y la contienda.* Y ella me bañaría con besos y parabienes. *Este niño no es únicamente un genio de la música, sino que también un genio de la diplomacia, ¿tal vez deberíamos nombrarlo como nuestro embajador en Salzburgo y, de paso, que consiga un tratado definitivo con Francia?*

Bach pegó un grito escalera arriba.

—¡Está aquí! ¡Lo encontré!

—Alabado sea el cielo —apuntó una voz femenina. ¡Era Clementina Cremonini! La gran, la única Sabina. Tanto me había turbado su presentación en *Adriano en Siria* que había escuchado la noche anterior a mi noveno cumpleaños, que no me había atrevido siquiera a saludarla, tan intensamente anhelaba que esta mezzosoprano gloriosa cantara alguna vez una de mis composiciones.

—Alabado sea el cielo —repitió ella, precipitándose sobre nosotros—. Hace una semana, Wolfgang, que practico tu aria, *Va, dal furor portata*, y cómo me hubiera sentido yo, ¿eh, joven? si no estuvieras presente para escucharme, pero únicamente después de la cena. ¡Me muero de hambre! —Se inclinó hacia mí, secreteó en mi oreja (por suerte era la del lado derecho) aquietando su voz para no ofender a nuestra anfitriona. —Teresa podría tener algo más que bizcochos para desmenuzar.

Sólo tuve coraje para mirarla de soslayo. ¡Esa garganta suya! De donde, dentro de poco, ascendería mi propia canción.

—Madame, me honra —dije, besándole su mano extendida.

Pero en mi mente iba dejando deslizarse las palabras que había sustraído del *pastizzio Ezio*, las palabras escritas por Pietro Metastasio que el maestro Bach había halagado al sobreponerles una tangente melódica; dejé que se deslizaran por mi interior pero no por mis labios: *Anda, transportado por el furor, recordando, ingrato, quién es el traidor, revela el engaño...* ¿Subyacía bajo aquellas palabras adornadas con mi música una advertencia que debía tener en cuenta? ¿Me estaba equivocando al dar

mi asentimiento a una posible conspiración contra mi amigo?

—Tienes que estar tan famélico como yo, pobrecito —dijo ella—. Primero, un banquete, enseguida la música. Su música, la tuya. Ven, Christel, es hora de la *partenza*.

—Desde luego. —Se asió de mi mano y nos encaminamos a la guardarropía, mientras gritaba en forma estentórea—: ¡Abel! Hemos encontrado al niño. Te digo que ya lo encontramos, hombre. Así que nos vamos.

Tal noticia fue recibida con un rugido de contento. Karl Friedrich Abel tambaleó hacia nosotros, tan buen mozo como siempre, aferrado a dos mujeres, cada una ampulosamente cobijada por un brazo y otro.

—Ajá, malandrín. ¿En qué armario te habías metido? ¿Y con quién, eh?

—Estaba solito, señor —respondí.

—Pues eso me deja más presas a mí, ¿no es cierto? —Se rio y farfulló algo inaudible a sus compañeras.

La que se hallaba a su izquierda, adornada con más plumas que si fuera un pavo real, se dirigió a mí en inglés. Abel movió la cabeza negando, y le sopló un par de palabras en su oreja delicada, lo que la llevó a probar el francés:

—Eres un niño adorable, un duende dorado y adorable —dijo, liberándose del estrujón de Herr Abel para plantarme dos besos húmedos sobre mis mejillas—. ¡Esos ojos azules exquisitos!

Creo que era sincera. En ese tiempo, mi piel todavía no había sido desfigurada por la viruela y mi escasa estatura era natural en alguien tan joven, si bien ya me desazonaba la leve malformación de mi oreja zurda y

la prominencia de mi nariz, excesiva para una cara estirada como la mía, pero supuse que de veras me consideraba bello, un juicio que, por lo demás, compartía todo el mundo.

Se aseguró de que no desechara yo aquella creencia en mi propia gallardía.

—Ay, si fueras un poquito mayor, niño adorable y dorado.

—Entonces no tendría tiempo para copiar mi sinfonía en mi menor, ¿no es cierto? ¿Cómo va eso? ¿Aprendiendo algo, el niño?

—Estoy gozando con la transcripción de su obra, maestro Abel.

—Con tal que no arruines tus ojos, pimpollo, como el padre de Christel. Malgastó las noches de su juventud estudiando a la luz de una vela, duplicando el raudal de partituras musicales de su hermano mayor sin otra luz que la luna clareando por una ventana angosta, ¿qué te parece? Mientras que yo dediqué mis noches de mozo a faenas más provechosas, no es así, Johann Christian, despilfarré mis facultades oculares en otros esplendores nocturnos. Así que nada de copiar de noche si sabes lo que te conviene, joven Mozart.

—Sí, señor mío. Tenía la esperanza de tener lista la copia hoy, mas mi hermana no ha estado bien de salud y he dedicado la suma de mi tiempo a cuidarla.

—Tu padre —de nuevo Abel fijó sus ojos en Johann Christian— jamás hubiera aceptado semejante excusa como válida, ¿no te parece? Aunque yo jamás tuve cerca una hermana mientras estudiaba. Y por cierto que ninguna de mis hermanas me hubiera entretenido tanto como otras damitas en esa época. A ver, a ver, sien-

do yo aprendiz en Leipzig, era yo por entonces algo mayor que esta pequeña criatura Wolgangosa fabulosa, ¿no es cierto? Partí a los pocos años de tu nacimiento, Christel, pero las doncellas no pueden haber cambiado tanto de aspecto, ¿eh? Más dulces que un violoncelo, eso diría yo.

—Basta de sandeces —dijo Johann Christian, insertándose nerviosamente bajo la peluca una tozuda trenza suelta de su pelo.

—¿Sandeces? ¿Sandeces? —vino la réplica, bien humorada—. ¿Te atreves a tratarme de esta sazón, cuando fui yo el que te columpié sobre mis rodillas cuando eras más chicuelo que este párvulo genial y te convidaba a la mitad de mis golosinas. Y existes, después de todo, porque mi viejo hizo de celestino de tus padres. A vuestro amigo, Clementina —y ahora resbaló su atención hacia ella— no le gusta que le recuerden que fue mi padre quien le susurró al suyo, *ella es, Anna Maria Magdalena es la que necesitas*, con lo que no se refería tan sólo a que cumpliría bien su papel de cantante principal en la corte de Coethen. ¡Christel! ¡Christel! Si mi padre no convence al tuyo de que tu futura madre era la que le convenía, que podía constituirse en un sustituto tolerable de su Bárbara difunta, y ahí sí que ¡pum!, desapareces al instante, no podrías estar aquí presente donde la señora Cornelys, para acusarme a mí, a mí, de pagar sandeces.

—Está bien, está bien, no son sandeces, sólo tonte-rías —respondió mi mentor, afablemente—. Pero lo que sí es indiscutible es que la cena se nos está enfriando y ya sabes cómo me gusta que me tengan el budín caliente y a punto.

—Aquí hace un calor agradable —apuntó Abel—. En el fogón de nuestro comedor en Dean Street hay menos brasas y ardores que aquí, como puedes constatar...

—Quédate entonces un rato más con tus ardores, y, de paso, avísale a Teresa Cornelys que el niño ya no está perdido y que Clementina y yo hemos alzado el vuelo, que le agradezco su magnífica hospitalidad y vendré mañana para revisar las facturas y ponernos de acuerdo acerca de los dividendos de la noche.

Abel prometió seguirnos tan pronto como le fuera humanamente posible.

—Y he de traer a Polly, mi querido amigo, con ella siempre nos divertimos.

—Con tal de que no te aparezcas con su tío o con François Hyppolite —respondió—. Son capaces, siendo tan aburridos, de reducir a escombros la noche más perfecta.

Un dandi alto y lúgubre se detuvo en ese instante para elogiar la interpretación soberbia del maestro.

—Estábamos hablando de mi padre —dijo Johann Christian. —Era de la opinión de que no había para qué alabarle el modo en que tocaba el pianoforte, en cuya práctica, le puedo asegurar, superaba en mucho la mía. Es asunto, decía él, de repiquetear cuando se debe las notas que se deben, y el instrumento hace lo demás.

El hombre murmuró algo sobre la modestia de los genios y, prometiendo asistir a cuanto concierto ofreciera el maestro, se marchó. Mi mentor se inclinó hacia la jovencita de mejillas rosadas que todo este rato había estado sosteniendo nuestros abrigos, pieles y gorras. Le musitó un cumplido enigmático, pero cuya intención

se hizo evidente. Ella se ruborizó y ensayó una reverencia grácil.

Mientras nos arropábamos, Johann Christian Bach me dijo:

—Y bien, muchacho, pude ver que algo le ocultabas a mi amigo Abel, pero ¿no me tendrás a mí en la oscuridad, no? Puedes confiar en mí. ¿A qué travesuras te has dedicado, eh, durante este interludio?

—Nada en especial.

—¿Qué? ¿Ni una aventura? ¿Ni una doncella en peligro? ¿Ningún ogro que merece una buena tunda?

—Solamente una conversación pasajera que pudiera interesarle, señor, pero que he de referirle en detalle cuando el tiempo y la soledad lo permitan con toda discreción.

—Una decisión sabia, ¿no es así, Clementina? Los secretos siempre pueden esperar. La compañía excelente no, ni tampoco una cena caliente. Y lord Thanet ya lleva una hora en Dean Street enfriando sus nalgas, ¡en una noche como esta! Y voto a Dios que tiene consigo la tabaquera de oro.

Atravesamos, los tres, el tumulto de damas y caballeros. Al bajar los escalones de la Carlisle House, divisé a Jack Taylor y su hijo agazapados en las sombras de Soho Square. La luz exigua de cien cirios y una docena de faroles, reflejada tenuemente en los copos de nieve que caían, iluminaba sus ojos, abatidos por el frío que aguantaban, esperanzados de que yo era, en efecto, la herramienta que brindaría un desenlace feliz a la pesadilla de su familia.

Me pregunté, al montar en la cabriola, si tenía edad suficiente y suficiente coraje como para llevar a cabo

aquella tarea, me pregunté si encontraría un modo de hablar a solas con el barón Bach acerca de un tema que probablemente consideraba ingrato, si no terminaría finalmente desterrado de su presencia tal como había proscrito al Chevalier por un pecado cuyos contornos todavía no me habían sido revelados.

Eso es lo que latía en mi cabeza cuando nos metimos de lleno en la tormenta, cruzando por calles donde había caminado, solamente unos años antes, el gran Georg Friedrich Händel, calles que él jamás volvería a pisar, Händel que ahora formaba parte de mi nuevo universo secreto, parte de un misterio que no sabía en ese instante que tardaría muchos años en descifrar, que incluso ahora no estoy seguro de haber podido desentrañar del todo.